

ECO DE ORIENTE

Bisemanario - Sale los jueves y domingos

Número suelto \$ 0,03
Atrasado 0,05
Serie de 10 Nros. . . . 0,30
Suscripción anual . . . 1,50
Id por trimestre . . . 0,50

Director: Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador: Avelino Ruiz V.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telefónica:

ICORIENTE

AÑO II

Villavicencio, Agosto 16 de 1917—Número 97

[SER. E 10°

El Ilmo. Sr. Vic. Ap.

Barranquilla, Julio 23 de 1917
M. Ruedas, Padres Gabriel y Man-
vicio, Villavicencio

Eduardos, Padres y buenos amigos,

Por la lectura del "Eco de O-
riente", cuyo envío agradezco una
vez más, me he impuesto que a-
hí no tienen ninguna noticia del
Ilmo. Sr. Guiot, Pastor y Padre
bondadosísimo de esa castísima re-
gión, de la cual conserco, después
de quince años, tan caros recuer-
dos.

Monseñor Guiot llegó a esta
ciudad el 16 de junio, en donde
permaneció hasta el 25 del mis-
mo mes, día en que se embarcó
en el vapor español con rumbo
a su amada y atribulada patria,
Francia. Los diez días que pasó
aquí, por cierto muy rápidos, fue
gratísimo huésped mío y tuve
la ocasión de admirar nuevamente
(pues había tenido la dicha de
ver bajo un mismo techo, du-
rante diez días en esa ciudad,
en 1909) su gran corazón y a-
centrada espíritu apostólico, con
que nos edificó.

Pontificó, en nuestra iglesia, el
24 de junio con motivo de la fies-
ta del Sagrado Corazón de Jesús,
y el mismo día, por la tarde asis-
tió a la bendición de tres nuevas
campanas, bendición que impartió
solemnemente Monseñor Brioschi,
Arzobispo de Cartagena.

La corta estadía que pasó aquí
fue muy provechosa para la salud
de Monseñor, tanto que cuando se
embarcó iba bastante bien y espero
que habrá hecho un viaje feliz y
que tendremos el gusto de verlo
hacia fines del año, de regreso
para sus queridos e inolvidables
llanos de San Martín.

Tengan la bondad de saludarme
a mis amigos y en nuestras oraciones,
saludos ad invicem.

Su afeto, amigo y Hno. en Cristo,
ERNESTO BRIATA Pbro.

LA ASUNCION de Nuestra Señora Creencia de la Iglesia en el Miste- rio de la Asunción

La Asunción de la bienaventurada Vir-
gen María no ha sido nunca definida
solemnemente como dogma de fe, pero
es una creencia tan sólidamente fundada
en toda la tradición católica, y en tan
alto grado confirmada por la solemnidad
atribuida a esta fiesta que no podría
negarse sin incurrir en extrema temer-
ridad.

Una frase indecisa de san Epifanio ha
hecho creer a varios antiguos autores
que la Santísima Virgen no se había vis-
to sometida a la ley de la muerte, del
mismo modo que no había sido com-
prendida en la ley del pecado; es verdad
que no le correspondía la muerte en
justicia, como a los demás hombres,
pero la sufrió por obediencia a Dios
lo mismo que su Hijo. «Como había
tomado la semejanza de la carne del
pecado, quiso pasar por todas las edades
de la vida humana, empezando por la
debilidad de su infancia, y parece que
su carne hubiera llegado hasta la vejez
y hasta la muerte, si no hubiese sido
crucificado en su juventud. Hay sin em-
bargo una diferencia, y es que la carne
del pecado está sometida a la muerte
en castigo de su desobediencia, mientras
que el que sólo tenía la semejanza de
la carne del pecado murió únicamente
por obediencia voluntaria.

La muerte, dice Benedicto XIV, puede
considerarse como la condición de nues-
tra naturaleza, compuesta de elementos
contrarios, o también como el castigo del
pecado. En este último concepto si Jesús
ni María debían morir, pero en virtud
de la naturaleza humana a la que per-
tenecían, estaban sometidos a la muerte
como nosotros.

Sin embargo, del mismo modo que la
carne santísima de Cristo no podía cor-
romperse en el sepulcro y que fue sa-
cada de él viva para la gloria del Padre,
como dice san Pablo, del mismo modo
era muy conveniente que la carne im-
maculada de María saliese inmediatamente
viva del sepulcro para honra de su
Hijo.

Esto es lo que el Salmista parece in-
dicar con estas palabras: «Surge, Domine,
in requiem tuam, tu es arca sanctificationis
tuæ. Levántate Señor, para entrar en
vuestro descanso; pero ¿qué será del
arca incorruptible que habéis santificado
para residir en ella y cuya suerte ha
estado siempre unida a la vuestra? Ha-

ced que también se levante para entra-
r en la misma gloria.

No sabemos en qué época precisa em-
pezó a celebrarse en la Iglesia la fiesta
de la Asunción, pero según lo atestiguan
documentos positivos, ya se celebraba
en el siglo VI. La celebridad que desde
entonces adquirió, y su rápida extensión
no permiten dudar de que el misterio
de María era una tradición procedente
de los apóstoles, enseñada por ellos
y por consiguiente susceptible de ser de-
finida como lo ha sido el dogma de la
Inmaculada Concepción, del que la Asun-
ción es consecuencia natural. Tal vez esta
definición solemne está reservada a nues-
tros tristes días que se arrastran en la
materialidad y corrupción de este mundo
visible, a fin de que podamos levantar
nuestras miradas hacia el mundo invisible
y de que hagamos que suban hacia el
nuestros corazones, en alas del deseo de
volver a ver a nuestra Madre.

Hallamos una prueba de la apostolicidad
de la tradición relativa a la Asunción en
un relato del historiador Eutimio, citado
por san Juan Damasceno en su sermón
acerca de esta fiesta. Santa Palquería, es-
posa del emperador Marciano, que reinaba
a mediados del siglo V, había hecho eri-
gir varias iglesias en Constantinopla, y en
particular una muy rica en el barrio llama-
do de Blaquerías en honor de la Santísi-
ma Virgen. Mostró gran deseo de deposi-
tar en el cuerpo de la Madre de Dios,
Marciano apelo pues a Juvenal, elispo
de Jerusalén, a fin de obtener de él las
venerables reliquias. Juvenal le respondió
que el sepulcro de la Virgen se veía en
efecto en Jerusalén, junto al huerto de
Gethsemani, pero que estaba vacío, pues
el cuerpo de la Madre de Dios había
resucitado y había sido llevado al cielo
por los ángeles. Los detalles que agregamos
forman el fondo del relato tradicional
y se hallan confirmados por los historia-
dores Metarasto y Nicéforo, cuyo testi-
monio tiene en esta cuestión gran valor,
pues tuvieron a su disposición los archi-
vos de Constantinopla donde sin duda
ninguna se mencionaba la entrevista de
juvenal con Marciano.

Poco después se difundió por la Iglesia
el culto de la Asunción y puede con-
jeturarse con mucho fundamento que de-
bió ser con este motivo.

Viajeros

De Bogotá: el Dr. Guillermo Cleves y el
Sr. Misael Vázquez; de Cali el Sr. Marco
Tulio Sanchez.

Para Camaral: el Sr. Cristóbal Castro.

Imprenta de San José Villav.